

SUMA Y COMPENDIO

En el acto que ayer se celebró bajo la presidencia del Jefe del Estado, en la sede del Consejo Nacional, concurren circunstancias que le hacen particularmente interesante para todos los españoles. En modo alguno puede considerarse como un acto más, intrascendente como otros muchos. Era—creemos—la primera vez que las provincias españolas acudían en bloque para dar cuenta de la transformación experimentada en su geografía y en su espíritu en los últimos cuatro lustros. Lo realizado en ellos queda plasmado en esos tomos, libros de balances, de cuentas ajustadas, que ayer le fueron entregados a Franco. Cada uno de ellos, individualmente, significa algo; pero no lo suficiente para calibrar la exacta y verdadera magnitud de una obra. Son todos, en conjunto, los que permiten calificarla con levísimo margen de error. Cada provincia es sólo un pedazo de tierra que tiene que apoyarse, que unirse estrechamente a las parcelas—las otras provincias—que están a su alrededor hasta completar el panorama de una España, una, aunque diversiforme. El gobernante no puede desdeñar a uno de estos terruños porque sea pobre y volcar su atención y sus desvelos sobre aquel otro, próximo o alejado, que sea rico. Vaya hacia todos el mismo interés para que el resultado sea armónico, justo y equilibrado.

En su intervención, el ministro secretario general del Movimiento, don José Solís, ha explicado cómo los españoles de la presente generación, y aun los de generaciones anteriores, son y han sido protagonistas "de una tarea de fundación, crecimiento, desarrollo y prosperidad"; en definitiva, de la España de hoy, que no es, por razones obvias, la de ayer, aunque en muchas cosas a ella se parezca, y que no es tampoco la de mañana, aunque sus perfiles sean iguales, si no idénticos. Esta obra de crecimiento y prosperidad innegables es la que se ha mostrado hoy al Jefe del Estado, rector de los destinos de España en los veinte años que se iniciaron un día luminoso de primavera, conquistada la paz con la sangre de un millón de muertos.

Franco ha recibido el balance, el parte de guerra, podríamos decir, como un capitán acostumbrado a tener noticias de victorias y de derrotas. Y como un capitán también se ha dirigido a quienes le acompañaron a lo largo de todo el camino, para, a su vez, explicar cómo se ha ganado la batalla, cómo hubo enemigos dentro y fuera de las filas, cómo el desaliento fué ahuyentado cuando prendía en los ánimos y cómo pudo alcanzarse la meta gracias al espíritu férreo e inquebrantable de unidad de que siempre hicieron gala los soldados. Sonrió la victoria, que por ser generosa no lo fué sólo para el bando triunfador.

"La victoria—dijo ayer Franco—y su paz han sido para España entera, y esto se ha reflejado en todos los órdenes de la actividad al correr de estas dos décadas." Su enumeración completa sería laboriosa. Por eso el Jefe del Estado se limitó a señalar, con leves pinceladas, lo que era España y lo que hoy es, para que de este cuadro comparativo pueda deducirse cada cual las consecuencias oportunas. Para aquellos que sientan curiosidad, mal sana o bien intencionada, de examinarlo más a fondo, quedan ese medio centenar de volúmenes, suma y compendio de lo que ya se ha hecho y apunte de lo que en lo porvenir puede hacerse.